

EL MIRADOR

En defensa de la voz y la palabra

Los manuales enseñan que las palabras son símbolos que se refieren a *las cosas del mundo*. Dicen que, aunque las referencias posibles son muchas, el significado, sin embargo, es constante.

Para Pedro Salinas, el espíritu es lenguaje y se hace por el lenguaje. Hablar es comprender y comprenderse, construirse a sí mismo y construir el mundo. La palabra nos hace y hace el mundo. Y para Juan Ramón, inagotable en su nombrar preciso, nombrar las cosas es un milagro: *la cosa misma, creada por mi alma nuevamente*. La palabra: *la luz que nadie ha dado*, según el poeta de Moguer; *el resplandor nativo* de Feijoo; *la luz no usada* de Fray Luis.

Las palabras son siempre una creación de multitudes, un espejo mágico donde se evocan las imágenes del mundo; matrices cristalinas en las que se aprisiona lo que otros vivieron, escribió Valle-Inclán. Y, machacando en la idea, José María Valverde afirma que *no hay más mente que el lenguaje ni más pensamiento que el hablar*. Tras las tierras de las palabras no hay más mundo.

A palabras se reducen nuestras vidas, por ellas salimos a la calle y hay árboles y monte; por las palabras somos gente y hay historias. En ellas se apoya nuestro ser que, en el silencio, habla consigo mismo. Pensamos el mundo con palabras, el amor y la muerte y, con la mudez, los abatimos.

¡Ojalá fuera así! Con eufemismos y disfemismos nos han acanallado las palabras.

El eufemismo se ha convertido en norma predilecta de ocultamiento y disimulo. “Disfraz de realidades sucias o enojosas”, en expresión de Martínez Hurtado.

Se denomina eufemismo al recurso de nombrar de forma decorosa lo repugnante, vergonzoso o molesto y, disfemismo, la estrategia de demonizar al adversario.

Detrás de cada eufemismo o disfemismo existe un interés, una mala conciencia y un canalla que corrompe el lenguaje. Los poderes políticos y económicos, dueños de los medios de comunicación y las imprentas, profanan cada día las palabras en propio beneficio. La

El poder no solo esclaviza por la fuerza brutal de las pistolas sino que, sobre todo, lo hace por la seducción de las palabras; invierte por igual en los escuadrones de la muerte que en intoxicar los oídos de las masas.



... las palabras se asolan, se marchitan y, detrás de ellas, llega la amenaza de la mudez. La mudez, tengámoslo bien claro, no es más que el eufemismo de la muerte.

opinión pública, lo mismo sobre Iñaki de Juana que sobre los Borbones, no es más que la opinión por ellos publicada.

Apenas si nos quedan palabras inocentes. Como veneno: intoxican, embrutecen y embotan. En cualquier sociedad con división de clases, se la hace innoble. Aunque se la defina como un vehículo a través del cual nos comprendemos

y compartimos la aventura del hombre en el planeta, la palabra es un arma. Su objetivo es vencer o “convencer”. El poder no solo esclaviza por la fuerza brutal de las pistolas sino que, sobre todo, lo hace por la seducción de las palabras; invierte por igual en los escuadrones de la muerte que en intoxicar los oídos de las masas.

“Se ha creado, escribe Robert Hughes, una especie de Lourdes lingüístico donde la maldad y la brutalidad desaparecen en el baño de aguas del eufemismo”.

El terrible Mosad, el servicio secreto israelí, autor de crímenes horribles, tiene un nombre oficial de lo más digno: *Instituto de Información y Deberes Especiales*.

Entre esos deberes figuran atentados, secuestros y torturas. La CIA denomina *rendición incondicional* a los secuestros, y a los suicidios ocurridos en Guantánamo debidos a la presión de las torturas: *acciones manipuladoras de auto dañado*. La ocupación y saqueo de países: *misión humanitaria*. A la guerra de Irak, en un principio definida por *justicia infinita*, se le pasó a designar *libertad duradera*, a fin de no ofender a la población que se

masacra cada día, puesto que ésta cree que la justicia infinita solo la aplica Alá. Los ejemplos serían infinitos. Lo peor, que se reduce el grupo que utiliza su voz y lo denuncia.

“Cuando hablo del alba, hablo del día”, escribió Blas de Otero que pedía a Dios que lo librara de *ver lo que está claro*, pero que nos recuerda que si hemos perdido la vida y malgastado el tiempo, si hemos sufrido sed y hambre e, incluso, nos faltara la luz, *nos queda la palabra*.

Para Gerardo Diego, *las palabras se asolan, se marchitan y, detrás de ellas, llega la amenaza de la mudez*. La mudez, tengámoslo bien claro, no es más que el eufemismo de la muerte.

LA GUINDA

Velos, kippas y cruces

Ángel Paz Rincón

De un tiempo a esta parte, varios Estados europeos -Francia ha sido el pionero- han prohibido la utilización de distintos símbolos religiosos en las escuelas. Su argumentación es clara: el Estado laico tiene que mantener en sus instituciones las formas laicas para asegurar una convivencia entre ciudadanos libres. El gobierno francés ha optado por redefinir el Estado laico.

Así pues, la religión debe ser considerada como algo que pertenece al ámbito privado, donde el estado no tiene competencia. El Estado no tiene que intervenir a favor de ninguna religión. Privacidad y Neutralidad.

Si un Estado puede prohibir el uso del velo ¿podría imponer su utilización obligatoria? Este planteamiento republicano nos lleva a una contradicción.

Más aún, si el velo es manifestación de una opresión machista, ¿puede el Estado desentenderse de la opresión de la mujer, aunque este avasallamiento se produzca en el ámbito privado? ¿No se tienen los mismos derechos en la escuela, el hospital... que en la casa?

El camino seguido para esta redefinición de la laicidad no lleva a ninguna salida coherente.

La solución vendría por otro lado. Defender la neutralidad, tal y como lo hacen los franceses, es centrarse en la consecuencia y no en la causa. Si queremos que desaparezca la opresión no tenemos que conseguir la desaparición de los símbolos externos sino de las causas que les dan significado y sentido. Así pues, el Estado francés laico tendrá que plantearse primero conseguir que las mujeres, musulmanas, judías, católicas... sean libres y, después, ya decidirán ellas su vestimenta. El problema de las banlieues es un problema de opresión... pero por las condiciones económicas impuestas por el neoliberalismo. Resulta más fácil obligar a desprenderse del velo que conseguir un Estado más igualitario.



Alfredo Sanjuán Ferrer

Enfermero